

Arzobispo Dr. Reinhard Marx

Saliendo de la crisis: la doctrina social católica como brújula

Columnista invitado de *El orden económico*, FAZ, fecha de publicación: 18.12.2009
(Traducción del alemán por Kristin Meyborg)

«La crisis es un estado productivo; sólo hay que quitarle el tufillo a catástrofe». Esta sentencia de Max Frisch revela una actitud optimista, sobre todo pensando en el colapso del banco de inversión Lehman Brothers en otoño de 2008. Se precipitaron las noticias de bancos en quiebra, de una disminución brutal de los pedidos y de insolvencias en la economía. La crisis del mercado financiero alcanzó una dimensión no imaginada. A un año de los eventos, desde la retrospectiva se puede constatar que Alemania logró obviar en gran medida el tufillo a catástrofe. Las razones para ello pueden ser por un lado que los responsables en Alemania, Europa y en los Estados del G20, gracias a una política decidida y adecuada, superaron esta prueba relativamente bien. Por otro lado, Alemania se hallaba en una buena posición económica debido al fuerte crecimiento desde el año 2005. Solo así se puede explicar lo revelado por recientes encuestas y estudios: que hasta el momento solo alrededor de la cuarta parte de los hogares en Alemania sufrió las consecuencias de la crisis financiera y económica. Considerando que Alemania salió relativamente airosa de la crisis, actualmente nos deberíamos encontrar en un estado de gran productividad.

Sin embargo, van disminuyendo la presión y la ambición para impulsar reformas fundamentales, al mismo tiempo que aumentan los indicios de una recuperación —por cierto, lenta— de la coyuntura. En forma paralela, las noticias de las semanas pasadas evidencian que siguen las tensiones en los mercados internacionales. Por ningún motivo, el auge se basa en un fundamento sólido. Sin embargo, es muy grande el deseo de que la crisis termine con un final feliz. Por lo tanto, ¿es esta la vuelta a la normalidad? ¿Se volverá a propagar la mentalidad del *business as usual*? El dicho inglés de «You must not waste a crisis» señala justamente el potencial productivo de una crisis. Sin embargo, por el momento da la impresión de que estamos dejando escapar esta oportunidad sin sacar provecho de ella, lo que sería nuestro deber.

Las crisis marcan puntos de transición y dan lugar a la reflexión. Es justamente ahí donde se halla el potencial productivo de las crisis. Eso está contenido en el significado original de la palabra *krisis*, que proviene del griego y significa «cambio decisivo». Estos impulsos creativos inherentes los realzó el Papa Benedicto XVI en su encíclica social *Caritas in veritate*: «La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en *ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo*.»

Las oportunidades productivas de la crisis financiera y económica se deben aprovechar, debido a que las crisis no solo son tema de la estabilidad y eficiencia económica, sino especialmente un tema de la equidad. No solo se trata de tener mercados como finalidad en sí, sino que se trata de seres humanos, que ven afectada su existencia y su futuro. Una crisis económica siempre impacta principalmente en los débiles y pobres. Está claro que nunca podremos evitar las crisis. Pero esto no nos libera del deber de hacer todo posible para reducir su probabilidad, frecuencia e ímpetu.

Si bien la doctrina social católica no promete un camino para salir de la crisis, ni una garantía contra las crisis, puede funcionar como brújula para encontrar la salida de ellas. Por lo tanto, vale la pena considerar los problemas actuales de la economía financiera y real desde el punto de vista de la doctrina social católica.

Desde siempre, ella ve la relación entre el ser humano y la economía sobre la base de la comprensión cristiana del ser humano. El tema de los trabajadores, durante la industrialización del siglo XIX, fue el motivo para que el Papa León XIII escribiera la primera encíclica social *Rerum novarum* en 1891. Esta temática se amplió cuarenta años después (en el contexto de la crisis económica mundial) en la encíclica *Quadragesimo anno* por una evaluación diferenciada y crítica del liberalismo y capitalismo, así como del comunismo y socialismo. Posteriormente, también se han situado cada vez más en el primer plano los problemas del desarrollo del mundo y la necesidad de un orden global justo en vista a las crecientes desigualdades e injusticias en la economía global, así como la transformación del mundo laboral. La publicación de la encíclica *Centesimus annus* de Juan Pablo II en el año 1991, en conmemoración del aniversario 100 de *Rerum Novarum*, coincidió con el derrumbe de los sistemas socialistas. En esta situación, en que muchos veían al capitalismo como el sistema social que triunfó sobre el comunismo, el Papa advirtió sobre una ideología capitalista radical y evidenció los caminos para obviar este peligro. En este texto doctrinario, el esfuerzo de la doctrina social católica por encontrar un orden económico adecuado para el ser humano encontró su fin en el reconocimiento de la economía social de mercado.

En la búsqueda de la interpretación correcta y justa de la convivencia humana, la aguja de la brújula de la doctrina social católica apunta a la dignidad inviolable y a la libertad del ser humano. La pregunta principal es: ¿Qué es lo adecuado para el ser humano, qué es lo que lo fomenta y lo lleva hacia la libertad verdadera? Todas las formas de organización de la economía y sociedad se deben evaluar por el criterio de que si favorecen la dignidad y libertad personal del ser humano o si las limitan. Sin embargo, no se trata en absoluto de un punto de vista individualista. La persona humana es libre, pero no solo tiene responsabilidad consigo mismo, sino también para los demás y para la sociedad en su conjunto. Se trata del bienestar de todos los seres humanos. Se debe enfocar en la persona, tanto en su identidad individual como colectiva.

En consecuencia, el orden social y su desarrollo se deben orientar constantemente en el bien de las personas. Esto implica más que la mera organización de los diferentes intereses individuales o

particulares. Se trata del bien para todos. Por lo tanto, en tiempos de la globalización, es indispensable que el compromiso para el bien común se enfoque en toda la familia humana. Esencial en este contexto es la creación de un marco de orden global adecuado. Es algo indispensable, si queremos reforzar los efectos positivos de la globalización y reducir sus consecuencias negativas.

¿Cómo es posible crear un orden funcional que respete la dignidad humana en una sociedad industrializada moderna? Es de suma importancia esta pregunta fundamental, que se planteó en los inicios de la conceptualización de la economía social de mercado, ya que en conjunto con el concepto económico se impuso una convicción fundamental de la política de orden, que — además de aprovechar los potenciales productivos y eficientes de la competencia—, también reforzaba el valor del individuo con sus capacidades y su responsabilidad, sin dejar de lado el bien común. La economía social de mercado sigue siendo el sistema económico que proporciona un orden para la libertad económica y relaciona la eficiencia económica con la equidad social. Precisamente, no solo es un concepto económico, sino también un concepto social. No pretende facilitar la libertad para solo algunos, sino para muchos e incluir también a los más débiles.

A pesar de su historia de éxitos, que ha perdurado durante décadas, la economía social de mercado ha perdido en parte la confianza depositada en ella. La pérdida de confianza se basa sobre todo en la percepción de los ciudadanos de que el sistema económico ya no es lo suficientemente capaz de asegurar el bienestar de la sociedad. También los escándalos de las grandes empresas en el pasado reciente, así como la mala opinión pública sobre los banqueros y gerentes empresariales, han impactado de forma negativa sobre el clima social. Muchas personas se sienten defraudadas en su ansia de justicia y decae la confianza en la economía social de mercado.

Parafraseando la cita de Winston Churchill sobre la democracia, será legítimo decir que la economía de mercado es el peor de todos los sistemas económicos, exceptuando todas las otras formas que se han intentado. No es realista creer que en un orden de libertad cada uno podría perseguir sus propios intereses sin tomar en consideración a los demás, suponiendo que las reglas fueran capaces por sí solas de lograr un equilibrio razonable. Lo mismo aplica para el caso de la economía. Las instituciones liberales no pueden proporcionar por sí mismas un mínimo necesario de orientación hacia el bien común, sino que en realidad siempre tienen exigencias inherentes al comportamiento humano. Se requiere de virtudes en la democracia y en la economía.

En este sentido, aplica lo mismo para la economía social de mercado que para la democracia, de que constantemente debe dar pruebas de que en las condiciones actuales es capaz de fomentar la dignidad y libertad del individuo y el bien de todos, de mejor manera y con mayor sustentabilidad que los sistemas alternativos. Además, en un mundo que cambia con tanta velocidad surgen permanentemente nuevos problemas. Nuestro conocimiento acerca de las correlaciones económicas, sociales y ecológicas aumenta constantemente y al mismo tiempo crecen las

posibilidades para transformar nuestro mundo activamente, tanto de manera positiva como negativa. La crisis del mercado financiero, los problemas estructurales de la economía, el cambio climático y la problemática del consumo desenfrenado de los recursos, la pobreza y la inseguridad de la alimentación evidencian que en muchos casos no resulta, o solo resulta de manera deficiente, la interrelación entre la libertad y el orden, entre la libertad y la responsabilidad.

La economía social de mercado está en condiciones de adaptarse, ya que como sistema que garantiza un orden social determinado, no constituye un sistema rígido. Aunque basada en un fundamento inamovible de valores y principios, constituye un conjunto vivo y abierto de comportamientos económicos, reglas sociales y actuar estatal. Es por eso que el sistema real existente requiere, de vez en cuando, de una evaluación crítica y debe seguir desarrollándose. En la interpretación concreta, cada época debe esforzarse por encontrar su propia expresión de la economía social de mercado. Sin embargo, la actual crisis financiera y económica señala que este potencial solo se ha aprovechado de manera deficiente. Además de un regreso a la idea original de la economía social de mercado, nuestro concepto contemporáneo requiere urgentemente de una evolución para el futuro. En este contexto, la doctrina social católica puede servir como brújula.

Esto debido a que la economía social de mercado se basa en premisas culturales, como decisiones morales, e implica la libertad responsable. Al mismo tiempo, consolida las normas morales que le sirven de fundamento. Sin embargo, el hecho de que no es un sistema que se conserva por sí mismo, quedó evidenciado por la actual crisis financiera y económica, cuyas causas finalmente también se originaron en una transformación del orden de valores. La relación entre el interés propio y el bien común se ha desequilibrado. Se ha subestimado la responsabilidad individual para mantener el orden económico. La libertad en partes se ha separado de la responsabilidad. Estos desarrollos muestran que la existencia de la economía social de mercado depende de una constante consolidación y corrección por parte de los conceptos valóricos, que se elaboran en el ámbito prepolítico y preeconómico. Sin embargo, en la actualidad se tematiza poco sobre estas premisas. Por lo tanto, para el futuro desarrollo de la economía social de mercado, además de una interpretación más inteligente del marco funcional de orden de la economía, se requiere también de un debate amplio sobre los valores y virtudes, que proporcionan orientación a la vida social y económica. Es por eso que debemos entender la crisis no solo como crisis financiera y económica, sino sobre todo como parte de una crisis de la orientación, que se originó por haber desatendido a estas correlaciones.

En el contexto de la doctrina social católica y sus principios, existen diferentes orientaciones para encontrar una salida de la crisis y que son relevantes para el futuro desarrollo del concepto.

En la crisis financiera, se evidenciaron las debilidades fundamentales del sistema financiero, que deben enfrentarse con normas ajustables a nivel global. Se requiere de un control más eficiente,

de una mejora de la cooperación internacional, así como de un mayor grado de transparencia. Son prometedores los elementos para un nuevo orden del mercado financiero internacional, que se plantearon en septiembre durante la Cumbre del G20 en Pittsburgh. Sin embargo, la disminución de la presión y de la voluntad para emprender reformas no debe llevar a que estos buenos planteamientos se desplacen o que se diluyan en discusiones excesivas.

También el desatender al principio de la responsabilidad, sobre todo la falta de manera masiva contra el «principio constituyente de la responsabilidad» (Walter Eucken), aportó de forma decisiva a la actual crisis. Debe volver a ser algo natural asumir la responsabilidad frente a decisiones erróneas y no apostar desde antes a limitar el riesgo propio cargándolo a terceros. Para eso, se requiere de la reimplementación de mecanismos de garantía y de un marco funcional de orden, que, en el contexto de la relevancia que tienen para el sistema los grandes bancos, proteja al Estado del chantaje. Quizás fue precipitado que durante la crisis algunos pronosticaran la reconquista de la primacía de lo político y la capacidad de acción primaria del Estado frente a la economía. Eso debido a que provoca precisamente lo que había advertido Walter Eucken: «El aumento de la actividad estatal en su extensión y tipo oculta la pérdida de autoridad del Estado.» Precisamente es en la crisis que se evidencia la impotencia del Estado, que en términos racionales no tenía otra opción que rescatar a los grandes bancos.

En general, la responsabilidad se debe plantear en períodos de tiempo más largos. Por ende, se deben evaluar los sistemas de incentivos; por un lado la posibilidad de fuertes incentivos financieros, enfocados excesivamente en ganancias a corto plazo y, por otro lado, las exigencias de la moral personal y de una estabilidad y un éxito de las empresas a largo plazo. Se requiere de una perspectiva que trascienda al día de hoy y al interés individual. ¡Esta es precisamente la dirección en la que apunta la brújula de la doctrina social católica!

La crisis del mercado financiero fue agravada por la crisis económica. Sus causas son coyunturales, pero también estructurales, y fueron ocultados por el auge económico de los años pasados. No nos debemos olvidar de la transformación ecológica de la economía y de una inclusión justa de los países emergentes y en vías de desarrollo al comercio global. Los ajustes a una situación de mercado, que cambió de manera radical, no se deben retrasar más y es preciso no olvidarse de crear innovaciones capaces de abrir nuevos horizontes y oportunidades de crecimiento. Con la Conferencia del Clima, que hoy termina en Copenhague, tenemos una oportunidad única de dar un paso importante en la protección climática a nivel global, bajo la suposición que los países más ricos avancen de manera realmente consecuente en la transformación de la sociedad industrial y en la reducción del consumo de energía y, al mismo tiempo, brinden ayuda financiera y técnica a los países más pobres, con el fin de encauzar también en ellos un cambio.

Además, debemos superar los problemas generados en el curso de la superación de la crisis. Se requiere de estrategias para el repliegue del Estado de las empresas y de los bancos, pero también

se necesitan estrategias del Banco Central Europeo para prevenir la formación de la próxima burbuja y con ella, el peligro de un nuevo derrumbe. Uno de los legados de la crisis es el aumento masivo de las deudas estatales, que a largo plazo pueden poner en peligro la capacidad de actuar del Estado. Se debe emprender todos los esfuerzos posibles para entregar a las futuras generaciones —además de un medio ambiente intacto y una sólida base de conocimiento, tecnología e infraestructura— también un Estado con capacidad de actuar y no paralizado por el servicio de las deudas.

Con el fin de que la confianza de los ciudadanos en la democracia y en la economía social de mercado no sufra daños, se deberían transparentar las deudas y buscar estrategias de solución responsables. El debate pendiente acerca de los efectos causales se debe llevar abierta y honestamente.

Nosotros, las generaciones actuales, en vista a los desafíos del siglo XXI (seguridad de la alimentación, pobreza, cambio climático) y frente a las generaciones venideras, nos vemos obligados a abogar por soluciones conformes a la equidad generacional y la justicia de la participación. No debemos cargar las consecuencias de los errores actuales a las futuras generaciones. Sin embargo, el que quiera entender la crisis como oportunidad, debe aprovecharla y considerar las consecuencias de los errores. La crisis financiera y económica nos obliga a hacerlo.

Ayer, la Conferencia Episcopal de Alemania publicó el texto *Auf dem Weg aus der Krise. Beobachtungen und Orientierungen. Stellungnahme einer von der Kommission für gesellschaftliche und soziale Folgen der Deutschen Bischofskonferenz berufenen Arbeitsgruppe zur Finanz- und Wirtschaftskrise* (**Saliendo de la crisis. Observaciones y orientaciones.** Toma de postura del grupo de trabajo sobre el tema de la crisis financiera y económica, convocado por la Comisión para Asuntos Sociales de la Conferencia Episcopal de Alemania). Está disponible en Internet como declaración n.º 30 de la Comisión en: <http://dbk.de/schriften/data/02117/index.html>